

Discurso del Senador José Andrés Rafael Zaldívar Larraín

11 de marzo de 1998.

Agradezco Estimados señores Senadores, señoras y señores:

No puedo dejar de dirigir algunas palabras en este momento, y lo primero que me corresponde es agradecer sinceramente la elección de que he sido objeto, como Presidente del Senado de la República. Quiero agradecer muy especialmente a los que votaron por mi persona, pero también, con el mismo afecto y reconocimiento, a quienes no lo han hecho, ya que han practicado la democracia manifestando su preferencia adversa.

Indiscutiblemente, se trata de una responsabilidad importante y de una distinción honrosa para cualquier ciudadano de la República. La asumo con modestia. Pero, al mismo tiempo -excúsenme-, la acepto como un acto de confianza de Sus Señorías hacia mi persona, que, a lo mejor, podría estar avalado por una larga trayectoria de actividad política que he tratado de desarrollar siempre con altura de miras, con respeto por las diferentes opiniones y con fidelidad a los principios e ideales que adopté desde mi juventud.

Al contrario de lo que algunos opinan, considero que la actividad política, en su sentido ético, es noble por esencia, y de la mayor relevancia en el desarrollo de un país, de la sociedad y de sus instituciones, con el objeto de conseguir la plenitud del bien común. Por eso, estimo que resulta indispensable refutar a quienes desacreditan la actividad política y a los que pretenden ejercerla para beneficio propio, y no en bien de la nación, puesto que ésta debe ser la única destinataria de nuestra acción. Creo haber dado testimonio de mi permanente e ineludible lealtad a mi patria y a mis principios humanistas cristianos.

Hace ya más de 30 años que inicié mi actividad en el servicio público, habiéndome correspondido desempeñar distintas funciones como Ministro de Estado, Senador, Presidente Mundial de la Democracia Cristiana y también como Presidente de mi Partido, al cual siempre he pertenecido.

He vivido muy cerca del acontecer político, lo que me permitió experimentar grandes satisfacciones, a la vez que conocer de cerca los sinsabores de derrotas electorales, de la ausencia de la democracia, y sufrir personalmente un largo exilio fuera del país por ser consecuente con mis principios.

No guardo rencor contra nadie. Y, por el contrario, creo que me he esforzado -y me esforzaré siempre- porque el país logre la unidad nacional y una plena reconciliación que haga imposible la reedición de odios y fanatismos que tanto daño nos han causado, y que también podrían provocarnos en el futuro.

Me siento comprometido con el proceso político que posibilitó el restablecimiento de la democracia, y con ello el retorno al pueblo de su derecho indiscutible para elegir a sus representantes en el ejercicio de la soberanía popular.

Fue el pueblo de Chile el que tomó aquella gran decisión del plebiscito de 1988, y ha sido también la mayoría ciudadana la que ha elegido a los dos últimos Presidentes de la República, a los miembros de la Cámara de Diputados y a la mayoría de los integrantes del Senado.

Para mí, el compromiso con el proceso político significa el pleno respeto a la Constitución vigente y a las normas que allí se consignaron, sin perjuicio de que yo no fui partidario de ella y la objeté. Y sin perjuicio, también, de que mantengo mis reservas en cuanto estimo, como ciudadano, que debe perfeccionarse dicha Carta para introducirle las modificaciones que tiendan a fortalecer el régimen democrático,

lo cual debe llevarse a cabo -lo digo con claridad- con sujeción a los procedimientos que esa misma Constitución contempla.

En mi opinión, los progresos del proceso de transición y el funcionamiento por más de ocho años de los Gobiernos elegidos democráticamente han resultado mejor de lo que muchos de nuestros contradictores pronosticaron.

El país ha crecido y muestra un vigoroso desarrollo económico. Se ha reducido sustancialmente la pobreza, ha disminuido la inflación, todo lo cual se ha podido obtener en un clima de tranquilidad social y de concierto político. Y me atrevo a calificar este período como uno de los más fructíferos que he visto en Chile desde que participo en la vida pública.

Es evidente que falta mucho camino por recorrer, especialmente en términos de conseguir mayor equidad, una más justa distribución del ingreso; de combatir la delincuencia y la drogadicción, y de un mayor y más eficaz desarrollo de las políticas sociales. Pero considero que sería una insensatez desconocer los importantes logros alcanzados, y con ello pretender nuevamente recurrir a confrontaciones estériles, a potenciar los conflictos, a recurrir a la descalificación personal como argumento político o hacer creer que en forma fácil y populista se encuentran recetas mágicas para que el país, su gente, especialmente los más desamparados, logren que se hagan realidad las justas aspiraciones de dignidad que ellos merecen.

La sociedad debe percibir claramente que estamos abocados a la solución de aquellos problemas que son de su preocupación, así como el hecho de que asumimos el desafío de armonizar la democracia política con el desarrollo económico y la equidad social. El principal compromiso que debemos contraer como Parlamentarios es mantener y volver a recrear la confianza y la fe de la gente, de los ciudadanos, en sus representantes, que precisamente somos nosotros, La gente debe sentir que

conocemos e interpretamos sus realidades y aspiraciones como legisladores de la República.

Amigas y amigos Senadores, el Senado es un lugar, un escenario privilegiado para el diálogo. Los que hoy día asumen van a poder comprobarlo y ratificarlo. Los que ayer estuvimos en él sabemos que así es. Aquí podemos, a través del diálogo, buscar encuentros y soluciones que difícilmente pueden darse en otros ámbitos de la sociedad. En ningún otro lugar quienes son adversarios políticos tienen tantas posibilidades de sentarse en torno de una mesa de debates e intentar acuerdos. El Parlamentario, amigas y amigos, en definitiva, "civiliza" la política. No desperdiciemos la oportunidad de que así sea.

En la actual coyuntura histórica de nuestro país y de nuestro desenvolvimiento democrático no podemos esconder algo. Al parecer, estaríamos asistiendo a un proceso que podría tender a exacerbar los conflictos y que si nosotros los dirigentes políticos, los Parlamentarios, los Senadores, no somos capaces de procesarlos adecuadamente, podemos ser responsables de debilitar nuestro sistema democrático.

Nosotros los Parlamentarios, los Senadores, somos expresión y representación de la diversidad y pluralidad de la sociedad chilena. Y si nos miramos unos a otros, podremos certificar que así es, en esta propia Sala. Lo fundamental entonces es comprender que el disenso, la oposición, la política de los adversarios y la discusión son nociones que adquieren un valor y un papel positivo en el contexto del libre juego democrático, dentro de una concepción pluralista de sociedad. Antes que cualquier otra cosa, el pluralismo, para mí, es la creencia en el valor de la diversidad. Y creer en la diversidad es lo opuesto a creer en el conflicto. El pluralismo, como nos enseñara Jacques Maritain, "es la unidad dentro de la diversidad", y terminaba diciendo que "es la práctica de la amistad cívica".

Quiero afirmar -para mí es una convicción íntima y creo así haberlo practicado, y no por excluir a nadie de esta afirmación- que un verdadero demócrata debe aceptar el pluralismo y la discrepancia en forma integral, sin excusas ni excepciones. Tiene por ello que estar dispuesto a respetar los derechos de su contrincante, incluso el más adverso, aun cuando éste no le haya respetado los mismos derechos.

En ese contexto, dedicaré mis mayores esfuerzos a la búsqueda permanente e incesante de los acuerdos necesarios y que, más allá de nuestras legítimas posiciones, debemos impulsar en bien del país. Para ello, es indispensable que, sin desconocer las dramáticas realidades que vivimos en épocas anteriores, seamos capaces de plasmar acuerdos y consensos necesarios que permitan, con una visión de futuro, evitar las divisiones del pasado.

Asumo la Presidencia del Senado con cabal conciencia de la responsabilidad que implica el desempeño de esta alta función. El Senado cumple y ha cumplido un rol fundamental en la elaboración de las leyes y en el debate de los grandes problemas nacionales y de las tareas que el país debe acometer.

Importantes personajes de nuestra historia han presidido y han sido parte de esta Corporación, donde han entregado con patriotismo sus mejores esfuerzos al bien de nuestra patria. Rindo en esta ocasión homenaje y reconocimiento a todos ellos, sin excepción, y en especial a mis predecesores en estos ocho años de transición democrática. A mi estimado amigo el Senador Valdés, y a mis Honorables colegas Díez y Romero, como también a los Vicepresidentes que los acompañaron, Senadores señores Urenda, Núñez y Cantuarias.

Me propongo actuar con plena fidelidad a dicha tradición que Sus Señorías llevaron adelante y supieron plasmar. Por consiguiente, me comprometo bajo mi responsabilidad, conforme al juramento que hice, a dar garantías a todos los miembros del Senado de que sus derechos serán respetados y que en mis decisiones

y actuaciones como Presidente de la Corporación trataré de representar fielmente la voluntad real del Senado y no la mía personal o la parcial de algún grupo. Trataré de que se mantengan las condiciones de convivencia que siempre nos han prestigiado y que han hecho fructífera nuestra labor. Nuestras relaciones son y serán entre pares. Buscaremos con el esfuerzo de todos ustedes, amigas Senadoras y amigos Senadores, no defraudar la confianza que la ciudadanía ha depositado en nosotros.

Solicito y ruego con humildad a cada uno de ustedes, señores Senadores, como también a los funcionarios que colaboran en nuestras tareas, que nos den a mí, en mi calidad de Presidente, y al Honorable señor Ríos, en la de Vicepresidente, todo el respaldo, la fuerza necesaria, para cumplir estas labores. Estoy convencido de que entre todos podemos enfrentarlas, y lo creo así porque es necesario para el bien de nuestra patria.

Excúsenme una referencia familiar. Quiero agradecer públicamente a mi mujer, a mis hijas y a mi familia. El apoyo y comprensión que siempre me han brindado, aun sacrificando sus vidas y tranquilidad personal, me han permitido tener el coraje que se precisa para comprometerme con el servicio público y sobrellevar indiscutiblemente los momentos más difíciles de nuestras vidas.

Señoras Senadoras, señores Senadores, termino mis palabras reiterando, una vez más, mi agradecimiento a todos ustedes, sin excepción, por la elección con que me habéis honrado y por la confianza en mí depositada. Y creyendo interpretar también al Vicepresidente del Senado, Honorable señor Ríos, junto a Sus Señorías invoco al Dios Todopoderoso y pongo como testigo a mi Patria para poder cumplir con fidelidad el alto cargo que se me ha encomendado.

¡Muchas gracias!